

tiva ante el cliché y la repetición. ¿Y qué es la solemnidad sino la hipertrofia del cliché? Si la vida es repetición, rutina, reproductibilidad, entonces el arte (la poesía en este caso) viene a introducir discontinuidad en lo continuo, sorpresa en lo ya conocido. La poesía no viene a enseñar nada, ya lo sabemos. Ella no nos hará mejores o peores, pero sí más libres, y es este el primer paso y el mejor antídoto frente a cantos de sirena o discursos, siempre sospechosos, venidos desde el poder. El humor es, entonces, un ejercicio más del hombre en libertad. En libertad política pero sobre todo en libertad estética. El humor es para Brodsky como la acción de soltarnos el cinturón mientras estamos sentados a la mesa. Es decir, la liberación de obstáculos para la mejor comunicación de las partes y el incremento de nuestra respiración corporal. Visto así el humor sería como una máquina de la libertad productora de chistes: «Si aquí no fabricaran niños, el pastor/ en su lugar bautizaría coches» (haciendo alusión al culto al automóvil en EEUU); productora de analogías brillantes: «Como bolas de un ábaco empolvado,/ los gorriones reposan en los cables»; o productora de carambolas racionales del tipo: «El verdadero amor/ a la sabiduría no pide ser correspondido». Sin detenerse en el chiste, el humor pasa a ser el desencadenante de procesos y articulaciones diversos. Su función, más que provocar la risa o la sonrisa, es deslastrar el lenguaje, aligerarlo de encadenamientos previsibles y en consecuencia practicar una escritura lúdica (o de estrategia lúdica) que intentará, a fin de cuentas, un acercamiento más fiel a lo real y a la mirada que lo percibe y lo cuestiona.

Esta mirada y su estrategia lúdica tendrán en la historia y la cultura un espacio de contemplación privilegiado. Una historia y una cultura no sólo recreadas en su oficialidad sino devueltas a su reverso más inquietante: el de la ficción que desbaratará su propia constitución marmórea. Quizás sea Mandelstam su maestro en estos asuntos. También de origen judío, nacido igualmente en San Petersburgo y víctima (verdadera víctima) de la intolerancia soviética, Osip Mandelstam construye la primera parte de su obra desde un gran amor a Grecia, Roma y la cristiandad. «Nostálgico de una cultura mundial», Mandelstam practica un espacio temporal muy parecido al del rito, donde la rememoración es la plasmación de un paisaje, y no su memoria. No la reconstrucción de hechos sino los hechos vistos en su arquitectura múltiple, atemporal. Es decir, para Mandelstam el mito de Proserpina es la muerte en Petrópolis y el febril foro de Moscú es una nueva Pompeya. Como si todo comenzara eternamente, atados todos a un gigantesco círculo, «y el futuro fuese sólo una promesa». La poesía de Brodsky bebe de todo esto. Es fama que todos los diciembres Brodsky escribía un poema «navideño». Leamos uno: «Todos en Navidad somos un poco

magos/... Cada uno es para sí Rey y camello». Sobre el pesebre asoma su mirada una estrella y «el único capaz de saber/ lo que significaba aquella mirada/ era el niño, pero el niño callaba». La leyenda despierta de su adormecido papel amarillo; la leyenda es nuestra porque nosotros somos la leyenda. La fuga a Egipto es el destierro de Brodsky; el busto de Tiberio es el de Stalin y San Petersburgo, una vez más, vuelve a ser Venecia. El astronauta, dice Brodsky, mientras vuela a Orión, deseará estar más cerca de casa. Se trata, en el fondo, de un ejercicio de la nostalgia, de una puesta en marcha de los mecanismos afectivos del destierro, donde los puentes al pasado son necesarios para conformar el paisaje de lo real y su vivencia poética. Hablo de un pasado cultural pero también personal, ajeno y al mismo tiempo íntimo. La poesía de Brodsky intenta eliminar estas barreras y fundir todo en una sola experiencia. De ahí que su nostalgia no sea una nostalgia victimista y su experiencia del destierro se confunda, por ejemplo, con un poema epistolar que lleva por título «Ulises a Telémaco»: «el camino que me lleva al hogar/ resulta que se alarga demasiado».

Así, la poesía de Brodsky goza de una mirada esférica. El mundo donde el poema se instala es un mundo múltiple pero engranado: desvinculado y único. Como el cangrejo, los poemas de Brodsky son sutilmente panópticos, y digo sutilmente porque la realidad que atrapan no se revela o explicita sino que se sumerge en su propio universo de significaciones, en sus propios objetos recopilados y entramados en una geografía textual. Como el cangrejo, los poemas de Brodsky avanzan dando siempre un paso hacia atrás. Avanzan hacia Ann Arbor (Michigan) y retroceden hacia el alfabeto cirílico ruso, ponen un pie en la Academia Sueca y el otro se hace cenizas en una tumba veneciana.